


15 de Agosto de 1907. Año IV. N.º 88.

**Redacción y Administración: Plaza de San Ildefonso, 1. Apartado en Correos n.º 336.**

# *Pena capital histórica*

Bien á menudo las ejecuciones capitales, con su terrible ejemplaridad, producen, sin embargo, efectos contrarios á los que de ellas se esperaban. La vista de un suplicio en determinadas condiciones obliga á ceder el recuerdo del crimen ante el sentimiento de la piedad que el condenado inspira.

Podíamos citar recientemente, en comprobación de este hecho, lo ocurrido en Don Benito (Badajoz), con los famosos asesinos de la infeliz joven y su madre, crímenes que tan frescos están todavía en nuestra memoria. La torpeza del verdugo prolongó el tormento en términos tales, que borrando de la conciencia popular la idea del asesinato, se lo perdonó á los culpables al verlos sufrir.

La historia criminal presenta un caso extraordinario como ninguno otro, ocurrido en Francia en 1851. Un tunante, Montcharmont, había asesinado á dos gendarmes y á un guarda jurado. Conducido al patíbulo, resistióse con energía y no quiso dejarse matar. Conociendo el verdugo su impotencia, llamó á un segundo en su ayuda, pero también en vano. Sólo después de *medio día de trabajo* y *de espantosos esfuerzos* pudo llegarse á la ejecución, y así el horror que el pueblo tuvo por el condenado se transformó en la más tierna piedad.

Este hecho dió origen á una prisión de seis meses contra Carlos Hugo, hijo del famoso escritor Víctor Hugo, por publicar un artículo contra la pena de muerte y contra lo sucedido, y la sentencia se dictó á pesar de la hermosísima defensa que su padre hizo en una oración como todas las suyas, fogosa é inspirada, que por reflejar, además, exactamente el caso, reproducimos.

Decía el poeta: «Un hombre, un condenado, una miserable criatura es llevada una mañana á una de nuestras plazas públicas; allí encuentra el cadalso. Se revuelve, se resiste, recha-

za la muerte, es joven todavía, tiene veintinueve años apenas. ¡Oh Dios! Bien sé que va á decírseme: «Es un asesino»; pero escuchadme: los verdugos se apoderan de él, que tiene los pies y las manos atadas, y así como está, su sentimiento de la vida los rechaza. Una lucha horrible se empeña. El condenado apoya sus pies agarrotados en la escalera patibularia y se hace fuerte como puede; la lucha se prolonga; el horror invade al pueblo que la presencia; los ejecutores, con el sudor y la vergüenza en el rostro, pálidos, anhelantes, terrorificados, desesperados, encorbados bajo el peso de esa reprobación pública, hacen esfuerzos salvajes: preciso es que la ley impere.

El hombre aprovecha un momento de ventaja que le permite aproximarse á la barandilla, y allí, con voces, con lágrimas, con aullidos de dolor, pide gracia, clemencia, el santo perdón. Sus vestidos están desgarrados, sus espaldas desnudas arrojan sangre, y resiste siempre, siempre.

Después de tres cuartos de hora de este esfuerzo monstruoso, de este espectáculo sin nombre, de esta agonía, agonía para todo el mundo – entendedlo bien – ; después de este siglo de augustia, se lleva al miserable otra vez á la prisión. El pueblo respira; el pueblo, que tiene prejuicios de vieja humanidad y que es clemente porque se siente soberano, ese pueblo cree ya al hombre salvado. Pero no. La guillotina ha sido vencida, mas sigue en pie, sigue en pie en medio de una población consternada. Por la tarde tómase nuevo refuerzo de verdugos; se ata fuertemente al hombre, hasta conseguir que no sea más que una masa inerte, y cuando la noche se acerca, condúcesele otra vez á la plaza pública, llorando, tiritando, ensangrentado, demandando la vida, llamando á Dios, llamando á su padre y á su madre, llamando á sus amigos, á las personas caritativas, porque ante la muerte este hombre se ha convertido en niño. Así, sin posible resistencia física ya, se le arroja en la báscula y cae su cabeza.

Un clamor general se escapa entonces de todas las conciencias; jamás la muerte legal había aparecido más cínica y abominable; cada uno se sintió solidario de esta cosa lúgubre que acababa de cumplirse; cada uno sintió dentro de sí como si viera en plena Francia, en pleno sol, la civilización insultada por la barbarie.

Y en este momento, un grito sale del pecho, del corazón, de las entrañas, del alma de un joven; un grito de piedad, un grito de angustia, un grito de horror, un grito de humanidad. ¿Y castigaréis este grito, señores jurados? En presencia de los espantosos hechos que acabo de reseñar, no es posible.»

Hay que convenir en que la pena de muerte, practicada de ese modo, corrompe el sentido moral de los espectadores, altera el sentimiento de la dignidad humana, y dejando de ser moral, pierde uno de los más sagrados elementos de su legitimidad.

*G. G. de la G.*

## Sadismo brutal.

*(Continuación.)*

Durante este tiempo la madre corrió por todas partes. Hacia las ocho se decidió á pedir el apoyo de su casero, y aprovechándose del ofrecimiento que la hizo la señora Menesclou, que entraba en este momento, fué con ella á hacer una nueva visita al cuarto del acusado.

Pero las pesquisas, á pesar de mirar hasta debajo de la cama de Menesclou, fueron tan infructuosas como las primeras.

El acusado no manifestó por todo esto ninguna turbación; protestó de nuevo que ignoraba dónde estaba la niña, y expuso su descontento por la insistencia que ponían en quererle hacer responsable de una desaparición á la que era completamente extraño.

A la mañana siguiente la pequeña no había parecido; la emoción era grande en toda la casa. Todos acusaban á Menesclou. Cuando se quedó solo, por haber salido sus padres, dos vecinos fueron á escuchar á su puerta para sorprenderle.

Oyeron ruídos insólitos y extraños. Parecía que el acusado partía carne y cortaba huesos. Al mismo tiempo notaron que un humo que esparcía un olor nauseabundo se escapaba de la chimenea de su habitación; un fumista subió sobre el techo por la ventana y vió á Menesclou activar con unas tenazas el fuego de su estufa. Menesclou fumaba un cigarrillo y no parecía sujeto á ninguna emoción.


MENESCLOU

Estas circunstancias reavivaron las sospechas. El secretario del comisario de Policía, avisado, se presentó en seguida. Penetró en casa del acusado. Éste le recibió con calma, y repitió sin vacilar lo que había dicho la víspera. Bien pronto uno de los asistentes, levantando la cubierta de la estufa, percibió sobre un fuego muy encendido, unas entrañas humanas. Se echó sobre Menesclou y encontró en sus bolsillos los dos antebrazos de la niña, poco después retiraron de la estufa la cabeza de la pequeña Luisa, cuyos rasgos fisonómicos se reconocían perfectamente todavía.

Vencido por la evidencia, el acusado se resignó entonces á reconocer su culpabilidad. Declaró que la víspera atrajo á su víctima hacia su cuarto con el proyecto de darla flores.

En seguida, *«sin que pudiera explicarse el motivo», la cogió por detrás el cuello y como ella empezó á gritar, la mandó callar y continuando con sus gritos, apretó y la ahogó.*

Cometido el crimen, desnudó el cadáver y le ocultó debajo de su colchón. Por la mañana concibió el pensamiento de despedazar el cuerpo y de quemar los pedazos. En medio de esta atroz operación fué sorprendido, pero afirmaba con energía, á pesar de la insistencia de todos que no había mancillado á la niña. Después persistió en su primera declaración.

La instrucción ha demostrado que Menesclou ha reconocido solamente lo que no pudo negar. Encontraron, ya en una alhacena, ya en un cubo ya en diferentes sitios, cuarenta y tres fragmentos del cadáver. Pero el cuerpo no pudo ser reconstituído por completo. Entre las partes que faltaban eran principalmente el cuello y los órganos genitales.

El médico encargado por la justicia, comprobó una herida hecha con un instrumento punzante, tal como un punzón, en la mejilla derecha, una equimosis en la región frontal derecha y una fractura del hueso molar derecho.

Estas diferentes lesiones fueron producidas durante la vida de la niña; confirmó, en contradicción con lo dicho por el acusado, que la muerte de la pequeña no debía atribuirse únicamente á la sofocación por estrangulación.

Interrogado sobre el lugar donde había ocultado las partes sexuales de la niña, Menesclou rehusó contestar.

Esta persistencia en callar demuestra el interés que tenía en que no se encontraran; constituían la prueba más evidente de que primero había ultrajado á su víctima y que la mató después, para impedir que revelara su atentado. La muerte que había cometido no podía tener otro móvil, y la especie de furor instantáneo que preten-

día haber experimentado, resultaba inverosímil é incompatible con la sangre fría que demostró hasta su arresto y durante todo el curso de la información.

Este último hecho, además, no puede dejar ninguna duda sobre la afrenta que el acusado hizo sufrir á Luisa.

Se encontró en su casa un cuaderno de canciones, y en la página 16 aparecían los versos siguientes, que declaró haber compuesto la mañana después del crimen.

«Yo la he visto y la he cogido
y la quiero todavía;
pero el furor me vencía
y ante el placer he caído
ciego, sin saber qué hacía;
un instante me ha perdido »

Llamado á explicar este escrito. Menesclou no quiso determinar su sentido. Es imposible ver otra cosa que una confesión arrancada á su conciencia.

En consecuencia, Luis Menesclou es acusado:

1.° De haber cometido en París, el 15 de abril de 1880, un homicidio voluntario en la persona de Luisa Deu, con la circunstancia de que dicho homicidio fué precedido, seguido ó acompañado por el crimen más abajo expresado.

2.° De haber cometido en París, el 15 de abril de 1880, un atentado al pudor, consumado ó intentado con violencia en la persona de Luisa Deu, menor de quince años.

Crímenes penados en los artículos 295, 304 y 332 del Código penal.»

*(Continuará.)*

# Episodios de la Guardia civil.

## El incendio.

Hace algunos años ocurrió en la capital de una provincia que no hace al caso citar, un suceso que horrorizó y conmovió á sus habitantes.

Era una noche del mes de julio y por aquellos días apretaba el calor en un modo horrible; las piedras despedían destellos, la tierra abrasaba y algunos montes ardieron espontáneamente; fué un verano que dejó memoria por lo extraordinario, lo sofocante y la larguísima sequía que se experimentó en el país, ya de suyo cálido y enervante.



Serían las diez de la noche, y en ocasión en que la gente casi asfixiada por el calor se hallaba en las calles y en el campo en busca de aire respirable, que no encontraba en ninguna parte; dieron las campanas de la población la señal de fuego; al principio nadie hizo caso, pero al oir la insistencia del toque y el clamor general de las demás parroquias, la gente se alarmó y corrió á saber dónde era, encontrándose con que estaba ardiendo la casa del banquero Uñabeitia. Nadie se explicaba cómo en tan poco tiempo pudo tomar aquel incremento, atribuyéndolo algunos á una formidable explosión de gas, y otros, tal vez á venganza de alguna trastada del banquero, pues gozaba de pocas simpatías por su crecida usura y por lo miserable de su proceder, así que estaba mal reputado y especialmente por su última acción con un pobre guardia civil, á quien dos días antes dejó en la miseria, puesto que el infeliz le había entregado, para que le redituasen, mil pesetas, pequeña herencia que acababa de recoger de su madre y que el desgraciado se desprendió de ellas por haberle asegurado antes el banquero que nunca habían ido tan bien sus negocios y que muy en breve le doblaría el capital.

Efectivamente, á las cuarenta y ocho horas se declaró en quiebra y allí fué el lamentarse los incautos y los creyentes en los planes rentísticos de Uñabeitia — *Uñabestia* le llamaban por autonomasia. — Todos perdieron su dinero y hubo casos tristísimos de miseria, mientras el banquero aseguraba sus millones y se ponía fuera del alcance de la ira de sus acreedores. En cuanto el pueblo se enteró del incendio, hasta sospechó que por su orden habían pegado fuego al edificio, y si bien en la conciencia de todos estaba el dejarlo arder, naturalmente, las autoridades no podían cruzarse de brazos; tanto el gobernador como el alcalde, con la Guardia civil y los bomberos á sus respectivas órdenes, acudieron desde los primeros momentos.

Entre los guardias estaba el pobre víctima del usurero; pero él, atendiendo sólo á su deber, se lanzó con otros compañeros, y como siempre, á los sitios de más peligro. El fuego devoraba las habitaciones interiores y había empezado por la cocina, desde donde fué avanzando hasta llegar al despacho del banquero, que estaba en el piso segundo de la casa; las escaleras ya no existían cuando acudió la fuerza, y por lo tanto, tuvieron que subir con otra de mano, de las que algunas se quemaron antes de poderlas utilizar.

Fué nuestro guardia con otro compañero á subir por una de ellas y estando en lo alto, se rompió y cayeron rodando, caída que produjo la dislocación de un dedo y sufrir varias contusiones, y al otro una grave herida en la cabeza. Tomando otra escalera volvieron á subir, ahora con felicidad; una vez en el piso principal y poniendo tablones y escaleras atravesaron por aquel horno y aquella espesa humareda que les cegaba, sufriendo aquel calor abrasador que les quemó el uniforme; tuvieron precisión de despojarse de las levitas, y sin más que el pantalón destrozado y la camisa hecha trizas se abalanzaron á una ventana del piso segundo y por entre las llamas y el humo se lanzaron á salvar lo que pudieran. La caja de caudales allí estaba negra, en el rincón, como acobardada y escondida y como mirando con los dos botones de metal que semejaban ojos y que imponía respeto; vista de pronto, tenía algo de la tiesura y de la frialdad de su dueño.

Entraron los guardias, mejor dicho, no pudieron entrar, porque el piso todo estaba ardiendo, y contemplando el destrozo causado por aquella avalancha de fuego se quedaron un momento en el dintel de la puerta; ya se había hundido parte del piso y por el boquete subían lenguas de fuego avivadas por la corriente establecida con las ventanas y balcones; sólo quedaba un armario con papeles al lado de la caja, á la izquierda de la puerta, y por allí, arrimándose á la pared, trataron de llegar; no bien hicieron hincapié en las vigas salientes y quemadas, cuando un crujido de las mismas vigas les hizo comprender lo arriesgado del caso, y al intentar volverse á la puerta se desplomó todo el piso, arrastrando la caja de hierro y el armario, y cayendo los guardias en aquel inmenso brasero, envueltos entre los escombros y las vigas incandescentes; lanzaron un grito, que nadie oyó, pues el estrépito del derrumbamiento lo ahogó, y ni aun el consuelo — si lo es — tuvieron de que nadie viera su caída en aquel infierno horrible.

Cuando á los cuatro días desescombraron, ya apagado el terrible incendio y removieron los restos de la casa, encontraron algunos huesos, los de los guardias, calcinados unos y negros otros, pero no tanto como su suerte.

¡Palmas, héroes anónimos!

*G. Meléndez.*

## Clave de los sueños.

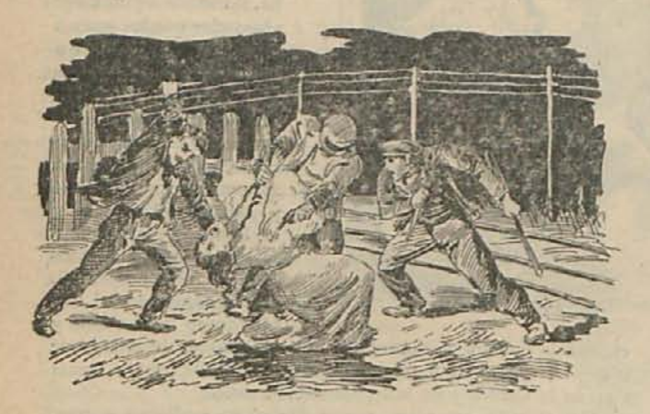
*Paja.—Soñar con ella;* riqueza.
*Pan.*—Trabajo, felicidad y salud.
*Palacio.*—Miseria.
*Pantalón.*—Aventura galante afortunada.
*Paraguas.*—Vais perfectamente con vuestros negocios: continuad así.
*Padres.*—Ver los suyos, tranquilidad.
*Perfumes.*—Peligro de asfixia.
*Padrino.*—Os amenazan gastos excesivos.
*Pintor.*—Trabajaréis sin remuneración.
*Pies.—Sentirse dolido de ellos;* van mal vuestros asuntos.
*Pedestal.*—Inseguridad; flaqueza.
*Playa.* Placer pasajero.
*Plumas.* Frivolidad.
*Pompa.*—Lograréis dar satisfacción á vuestros deseos.
*Prensa.*—Os asegura numerosa clientela.
*Prisión.*—Desgracia de un amigo.
*Procesión.*—Desgracia próxima.
*Pirámides.*—Fortuna segura.
*Regimiento.*—Alegría franca y sincera.
*Rentas.*—Miseria.
*Reptiles.*—Se os han escapado grandes beneficios.

## Asesinato aleve.

Muy cerca de Decazeville vivían tres desalmados bandidos en compañía de una joven, medio cómplice, medio pupilera de ellos: dos son italianos; el tercero, español.

La joven, llamada Angela, en un momento de disgusto con ellos, tuvo la mala idea de decirles que, en venganza de su comportamiento con ella, les iba á denunciar á la Policía como autores de muchos robos y crímenes.

Lo probable es que no tuviera en realidad el propósito de



hacerlo, sino que lo dijo en un momento de arrebato en una discusión acalorada. De querer hacerlo, lo natural hubiera sido denunciarlos sin darles cuenta. Ellos, por si acaso, deliberaron y decretaron por unanimidad la muerte de la joven Angela.

La pobre fué víctima de su imprevisión; la ataron fuertemente, y después, uno detrás de otro, fueron descargando puñaladas en el cuerpo de la desgraciada.

La sentencia se ejecutó con la fría calma de los avezados al crimen, como quien cumple un deber.

El cuerpo de Angela, que por cierto era muy hermosa, fué literalmente cosido á puñaladas.

Por fortuna, el crimen no ha quedado impune y la Policía fué informada de algo que la llevó al conocimiento de todos los detalles. Los tres bandidos fueron detenidos y se hallan presos.

---

En Rusia, todo niño nacido de padres condenados á la Siberia es cosa del Estado, y como tal, arrebatado á la madre, llevado al hospicio de niños perdidos, educado en la religión griega y en el odio á Polonia. A los ojos de la ley, esta monstruosidad no es más que justicia.

## Utilidad de los condenados á muerte.

II

No es menester extenderse en largas consideraciones para aceptar y aun para aplaudir la idea emitida en nuestro anterior artículo. La vida del condenado á muerte debe aprovecharse para el bien de la humanidad.

Antes de que Jener hubiese descubierto la vacuna, se procuraba librarse de la viruela inoculando una más benigna que atenuase los efectos de la grave: la vacunación fué llevada de Constantinopla á Londres por lady Montague, mujer de un embajador inglés. En 1721, poco después, la princesa de Gales, que había perdido un hijo de aquella enfermedad, quiso vacunar á toda su familia, pero el rey no lo permitió, sino mediante la condición de que fuera hecha la experiencia en siete condenados á muerte; así se hizo, y ninguno de ellos murió.

El Dr. Danielsen, por amor á la ciencia, se inoculó á sí mismo desde el tejido celular de un leproso, el bacilo de esta horrible enfermedad, sin resultado alguno. Poco después, otro médico de Hamburgo, enviado á estudiarla en las islas de Hawai, la inoculó en un condenado á muerte. En él se desarrolló y durante cinco años pudo hacer notables y provechosos descubrimientos, que fueron cuidadosamente recogidos.

Sin las experiencias en el hombre no se hubiera llegado al punto en que ya se está de conocimientos respecto á la fiebre amarilla, enfermedad que, como es sabido, era el azote de nuestras Antillas. Cuando los americanos tomaron posesión de la isla de Cuba se dedicaron á extirparla con la entereza y resolución que les caracterizan.

Nombrada la inevitable comisión, halláronse desde el primer momento con que aquel mal sólo atacaba al hombre, y por lo tanto, las experiencias únicamente en él habían de hacerse ¿Pero cómo? Dado lo expeditivo de todos sus procedimientos, bien pronto acordaron el más conveniente. Ya que no utilizando el condenado á muerte—quizá porque no había ninguno—, sirviéndose del que se brindara voluntario á la prueba.

La sangre del enfermo de fiebre amarilla inoculada en un hombre sano le produce la enfermedad: el virus, pues, radica en la sangre. ¿Cómo transmitirlo de uno á otro? Se hizo picar por mosquitos á algunos pacientes, y luego se transportaron estos mosquitos á la piel de las personas, para que las picaran también, las cuales, en efecto, adquirieron el mal.

Se demostró con la prueba que este es el único medio de transmisión y que el contacto con enfermos, con cadáveres, con los vestidos empapados en secreciones de unos ú otros no son causas suficientes para el contagio, y esta prueba, de algunos meses de duración, enseñó lo que no pudo aprenderse en muchos siglos de estudios y de inútiles observaciones.

Para estas y otras conclusiones de inestimable valor científico, los médicos americanos reclutaban sus pacientes voluntarios entre los *inmigrantes pobres* que firmaban su compromiso, mediante una cantidad determinada.

Se compraba, pues, no la vida del criminal, no la del malo, sino la del desamparado de la fortuna, lo cual es más triste y menos defendible, aunque sólo sea por lo que resalta la injusticia, que si se acudiera al réprobo, al rechazado por la sociedad como nocivo á la misma, y á la que debe una reparación por el daño que la causara.

Toda idea justa se abre camino: la que expresamos es aventurada, dura y radical, pero se inspira en el interés social, que debe presidir todas las determinaciones humanas, y al fin triunfará. Antes era pecado y era delito estudiar anatomía sobre un cadáver; hoy es cosa llana y admitida.

¿Qué progresos no ha realizado la medicina desde tal cambio de ideas? ¿Qué otros no conseguiría disfrutando de igual libertad para estudiar en uno las mil enfermedades todavía desconocidas que afligen al mundo? ¿Y qué tributo más natural exigible como precio de la sangre inocente vertida, que el sacrificio de la suya en holocausto de la humanidad?

## Una ascensión en globo llena de peligros.

Eugène Raymond, un aeronauta de los Estados Unidos, hizo en los pasados días una ascensión en su globo, de las que realiza con frecuencia. Sus ascensiones tienen carácter científico, no son de solo *sport*.

La que nosotros referimos tenía por objeto elevar un pequeño cañón ó tubo de acero, con el que había de efectuar un disparo.

La ascensión se hizo sin incidente, y la explosión tuvo efecto; pero con tanta desgracia, que el globo se incendió así como las vestiduras del tripulante.

La situación era por demás peligrosa, y el descenso del globo se hizo rapidísimo y bien dirigido por el aeronauta, que, gracias á su asombrosa sangre fría, llegó á tierra, sin otro incidente para su vida.

## Ejercicios peligrosos.

Muchos han sido los que han intentado atravesar nadando el canal de la Mancha, salvando á nado el mar que separa á Francia de Inglaterra. Aún recordamos á aquella señorita que valientemente se lanzó al mar con tal propósito, y que cuando llevaba recorrido más de la mitad, estuvo á punto de perder la vida, porque violentísimos calambres la impedían todo movimiento. Por su fortuna, un barco que la seguía en su arriesgado ejercicio, la salvó.

No se sabe, pero se supone que también fueron los calambres los que ocasionaron la muerte del audaz Henry Baldwig, que la semana pasada y sin tantas precauciones, intentó pasar de Inglaterra al Continente. Cuando llevaba recorridos diez y ocho kilómetros y medio en tres horas y cuarto de constante nadar, de repente se hundió bajo las olas y no se le volvió á ver más.

A este seguirá otro imitador, porque decididamente, la humanidad no está cuerda.

## Un padre estrangula á su hija.

Alfredo Vaussy vivía con su esposa y una niña de dos años y medio, en Livry. El padre adoraba á su hija, al menos eso creía todo el vecindario. El matrimonio estaba en buena posición y nada hacía presentir un crimen en aquella casa, por parte de ellos.

No ocurrió, desgraciadamente, así; el padre, aprovechando la ausencia de la madre, dió muerte á la inocente criatura.

Avisada que fué la Gendarmería, acudió con un médico, el que certificó que habíase producido la muerte por una violentísima estrangulación.

Se pierde la gente en conjeturas de los móviles del crimen, pues, como decimos, en aquella casa reinaba siempre una paz octaviana, un bienestar envidiable.

El desnaturalizado padre ha sido preso.

---

El multimillonario norteamericano Morgan, que se hallaba en Venecia, ha sido objeto de un detenido reconocimiento por parte de los aduaneros italianos. Una orden del Ministerio de Bellas Artes dispuso que se examinase el yate de su propiedad en que recorre el mundo, por abrigar sospecha de que contuviera hermosos cuadros desaparecidos recientemente de una famosa colección.

Ningún resultado produjo la operación, pero da á conocer la confianza que inspiran ciertas celebridades.

## Una niña cocida en vida.

Un espantoso suceso llena en estos momentos de terror á los habitantes de L'Aunay.

Un monomaníaco hasta entonces y furioso loco después, concibió la idea de vengarse de los esposos Lavazay; el móvil no se ha determinado bien; pero se supone sea el desvío de la esposa hacia el loco, que sentía por ella un afecto más que natural.

Con la tenacidad peculiar en los locos, atisbó la ausencia de los esposos, y penetrando en la casa, halló sola en su cuna á una niña de tres meses.

El loco cogió la niña, y como viera próxima una cuba de lejía, llena de agua cociendo, sin vacilar zambulló al angelito y cuando le pareció, volvió á sacar la niña y á ponerla de nuevo, en su cuna.

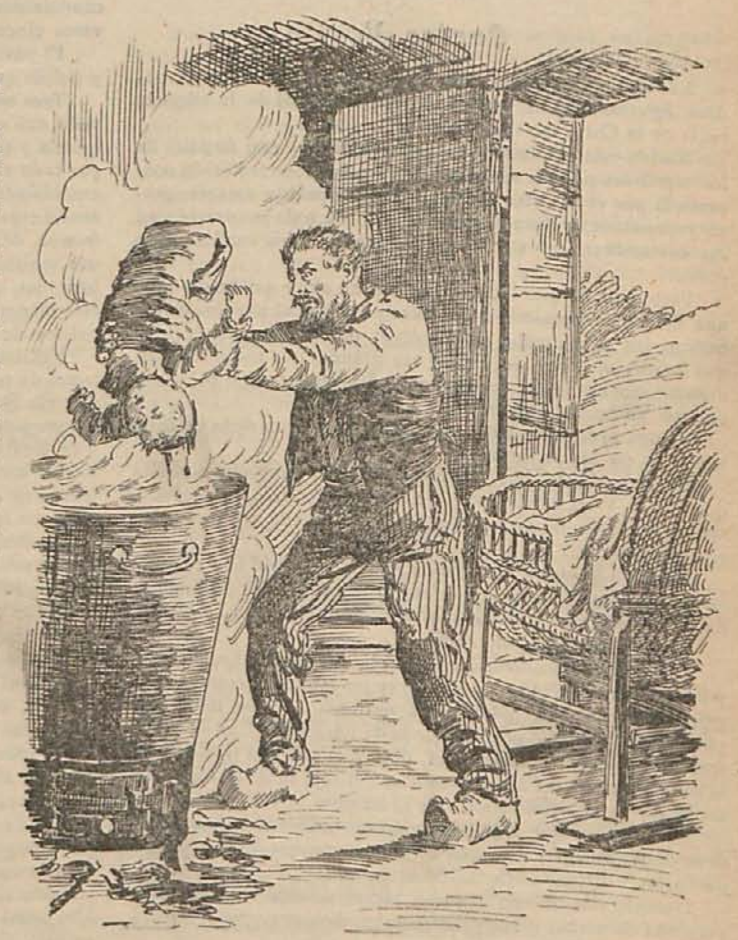
Como la cosa más natural, salió de su casa y á cuantos hallaba al paso les iba contando su fechoría. Llegó á oídos de la madre y desolada acudió á su casa presurosa, comprobando su desgracia.

La niña aún vivía, pero en tan lastimoso estado, que la caja del cráneo la tenía medio abierta, efecto de la cocción que sufrió en la caldera. A los pocos momentos murió la inocente víctima.

Y ahora decimos nosotros:

¿Hasta cuándo están obligadas las personas que poseen su juicio sano á sufrir las impertinencias y malas inclinaciones de los degenerados? Una compasión mal entendida sostiene en plena sociedad, haciendo vida común con las gentes, á multitud de degenerados, chiflados, maniáticos, locos pacíficos ó como quiera decírseles, que todos estos nombres reciben.

La compasión está realmente mal empleada, porque esos seres deben estar encerrados ó en establecimientos de curación. Todos conocemos algunos, todos los toleramos, y luego son los lamentos cuando ocurren casos tan desgraciados como el que hemos referido.



# MISTERIOS DE LA INQUISICION

Al aspecto de ese fraile, cuya bella figura y hábito sagrado inspiraban respeto, el pueblo retrocedió; el capitán de guardias hizo seña al religioso de que se aproximara, y Juan de Avila, con las manos siempre extendidas, fué á arrojarse á las plantas del monarca.

Sorprendido Carlos V, le levantó con bondad y le preguntó:

—¿Qué queréis de mí, padre mío?

—Perdón, señor, perdón para uno de vuestros mejores servidores; pero esto sería demasiado largo de explicar aquí - añadió el apóstol, lanzando una mirada á la multitud que los rodeaba --; necesito hablar sin testigos á V. M.

—Venid mañana - replicó Carlos V, dando á besar la mano á Esteban, que también se había adelantado hasta él.

—Este joven viene conmigo—dijo Juan de Avila.

—Que venga, pues, mañana con vos, padre mío, y Nos haremos justicia á vuestra demanda.

—¡Dios os bendecirá, señor!—respondió humildemente Juan de Avila.

—Hasta la audiencia de mañana—repitió el rey con bondad.

Un lacayo abrió la portezuela de la carroza real, subió Carlos V con paso listo y desembarazado y la carroza partió como un rayo, seguida de los coches del servicio que llevaban á los gentilhombres de la comitiva real.

En este momento los regimientos de guardia echaron armas al hombro, y el pueblo se retiró lentamene, dichoso por haber visto á aquel que á sus ojos era la imagen de Dios sobre la tierra.

## XXVI

### Carlos V.

Las audiencias del rey no eran en España tales como podían figurarse en un país donde el ceremonial de la etiqueta tenía en la Corte tan imponente severidad.

Nacida esta etiqueta de la adoración filial y casi fanática de los españoles por sus reyes, era simplemente una tradición conservada por el carácter constante de este pueblo amante, grave y pensador, naturalmente enemigo de toda innovación en sus costumbres; era un homenaje que los hijos rendían á su padre.

Pero lejos de que estas formas de un amor profundo y de una deferencia apasionada tendiesen á alejar al pueblo del soberano, los aproximaba, al contrario, por la misma seguridad que inspiraba al rey, seguridad tan grande, que todos los días, durante muchas horas, cualquiera podía entrar en el palacio y obtener audiencia aun en los días de besamanos.

El rey, ordinariamente, recibía desde las diez de la mañana hasta las do de la tarde.

Esteban y Juan de Avila procuraron ser puntuales á la cita que Carlos V les había dado; y al día siguiente de su llegada, apenas acababan de dar las diez, subían juntos la escalera principal de palacio.

Frente á ellos, en la segunda meseta, se abrió la puerta de la primera antesala, en la que entraron sin que los dos alabarderos que estaban de facción les opusieran el menor obstáculo.

Aun no había llegado nadie.

El sumiller les entregó una tarjeta que tenía el número 1, y los dos viajeros fueron á sentarse en los taburetes cubiertos de paño encarnado que había en la antesala, la cual tenía tres puertas cerradas sólo por mamparas de terciopelo. Una de ellas, frente á la puerta de la entrada, daba á la sala del trono; la de la derecha conducía á los aposentos del rey; la de la izquierda era la de las habitaciones de los príncipes.

El apóstol y su compañero pudieron admirar algunos cuadros de las escuelas flamenca é italiana, con que las conquistas de Carlos V habían enriquecido el palacio.

Durante este tiempo llegaron sucesivamente algunas otras personas de ambos sexos y de todas condiciones, y recibieron á su vez del sumiller el número que les tocaba.

La sala del trono aun permanecía cerrada y se oía el rumor de una conversación animada, pero de la que no se comprendía ninguna palabra.

El emperador estaba en conferencia con un embajador de Túnez. Prolongóse esta audiencia casi media hora, durante la cual dominaba siempre la voz de Carlos V, tan pronto insinuante y persuasiva prestando á la elocuencia natural de este gran monarca un acento fascinador; como breve, acentuada, dominante, impresa de aquel poder enérgico de voluntad que formaba también el fondo del carácter de Carlos V.

Con las inflexiones variadas de la voz, hubiese sido imposible adivinar los verdaderos sentimientos del rey; pues presentaban el mismo carácter que sus palabras, ambiguas, astutas, profundamente calculadas, tan diestras, que siempre le dejaban medio de refutar á sus adversarios, sea cual fuere la interpretación que hubiesen dado á sus actos, á sus palabras ó á sus escritos. El espíritu de Carlos V era un lazo tendido, en el que caían los más hábiles.

Finalmente, el enviado de Tunez se retiró y un ujier de la cámara, separando la ancha mampara, llamó en alta voz «el número 1».

Esteban y Juan de Avila fueron introducidos en la sala del trono, lugar de una magnificencia increible.

A derecha y á izquierda, á distancias iguales, había cuatro grandes aberturas cerradas con mamparas de terciopelo carmesí que conducían á los aposentos del rey y á los de los príncipes.

En los intervalos de las puertas, cubiertas de cuarterones esculpidos, una cartela embutida y dorada sostenía enormes candelabros de plata maciza, algunas estatuas ó magníficos vasos cincelados.

El pavimento, de un diseño admirable, era de madera dura y pulida que brillaba sin el auxilio de la cera.

Tres enormes arañas de cristal de roca colgaban de la bóveda, cubierta de innumerables dorados de una delicadeza exquisita y admirablemente acabada. Encima de las puertas corría por todo el rededor de la sala una ancha cornisa dorada, cuyo entablamento sostenía ricos trofeos; y sobre la pared superior, ancho espacio que separaba la cornisa de la bóveda, algunos frescos, debidos al pincel de los mejores artistas, representaban una multitud de personajes revestidos de diferentes trajes de todas las naciones del mundo. España había personificado de esta manera sus conquistas, que abrazaban las cuatro partes del mundo.

Finalmente, hacia el extremo de la sala, se levantaba un trono de terciopelo y oro, bajo un magnífico dosel adornado de toda especie de emblemas, entre los cuales el más notable era un pelícano abriéndose el seno para alimentar á sus hijos; y en medio de todo esto brillaban las armas de España. Finalmente, dos leones en actitud de reposo, que eran los soberbios leones de la monarquía española, velaban cual satélites inmóviles, en las gradas del trono imperial.

Anchas y altas ventanas dejaban pasar una luz resplandeciente sobre toda esa magnificencia.

Algunos grandes de España, vestidos al gusto de la época, hablaban en voz baja.

El rey, algo distraído, se paseaba á pasos lentos de derecha á izquierda; cuando entró Juan de Avila en la sala, el rey le reconoció al momento, y adelantóse graciosamente hacia él, mirándole, sin embargo, con desconfianza.

—¿Qué quieres? - le dijo en tono benévolo

—Justicia, señor - respondió Juan de Avila hincando una rodilla en tierra, y besando la mano del emperador —; justicia contra la Inquisición, que abusa de sus derechos y compromete á V. M. con sus inauditas crueldades.

A la palabra Inquisición, Carlos V, este orgulloso déspota, experimentó una ligera emoción; y comprendiendo que la conferencia sería más grave de lo que primero había imaginado, hizo señal á los gentiles hombres de su comitiva para que despejaran.

Cuando estuvo á solas con Juan de Avila y el joven Vargas, recobrando Carlos V el tono severo y despótico que le era familiar, dijo al franciscano:

—¿Sabéis, padre, que se necesita mucho valor para osar quejarse abiertamente contra la Inquisición?

—No, señor—respondió el apóstol—; sólo se necesita un grande amor por la justicia.

—Ese amor es peligroso y raro en los tiempos que corren—replicó el rey.

—Por esto mismo, señor, se viene á buscar hasta el pie del trono, no encontrándola en otra parte.

—Pues bien, ¿de qué se trata? habla sin temor; ante todo, deseo, quiero haceros justicia. ¿Qué te han hecho?

—A mí nada, señor—respondió Juan de Avila—; pero vos teníais un servidor fiel que se llamaba Manuel Argoso...

—Gobernador de Sevilla, si mal no me acuerdo—interrumpió vivamente Carlos V.

*(Continuará.)*

## Mujer valiente.

En Francia, *souteneur* es palabra que envuelve un concepto. Felizmente, en España no existe el *souteneur*, al menos en el grado de *perfecta imperfección*.



Es el *souteneur* el hombre que enamora á una mujer, el que come de su trabajo, de su capital; pero si esto no le basta, la incita, la obliga á prostituirse, y éste es ya el *souteneur*.

Uno de estos seres sin concepto moral ninguno, llamado Carlos Prison, en amores con Antonia Courbon, quiso obligar á ésta á lanzarse á la vida del vicio; al principio, indicaciones débiles, más enérgicas después, á las que Antonia hacía como que no entendía, era todo lo que había entre los dos amantes, intercalándose de tiempo en tiempo algunas discusiones vivas.

La osadía y degeneración de Carlos fué tal, que á la fuerza quiso hacer que Antonia cayera en la vida de la prostitución, para con lo que ella ganara darse él la vida de vago que venía dándose.

Antonia, harta ya de tanta vileza, se volvió contra Carlos y de una bien aplicada bofetada le derribó en tierra, y furiosa, llena de justa indignación, le pisoteó, dándole tan tremenda patada en la cara, que le partió la mejilla.

Si alguna vez hay ocasión de aplaudir á quien maltrata al prójimo, es seguramente ésta una de las más definidas é indicadas.

La lección ha sido magistral, y el pisoteado *souteneur*, en sus nuevas conquistas, es posible que se manifieste menos exigente con las *débiles* mujeres.

## El alguacil y las abejas.

Aunque por el título lo parezca, no se trata de ninguna fábula para educación de la infancia. Un funcionario judicial se presentó días pasados en Morbecque, para proceder á la venta del mobiliario de un vecino de aquella localidad, dispuesta por el Juzgado.

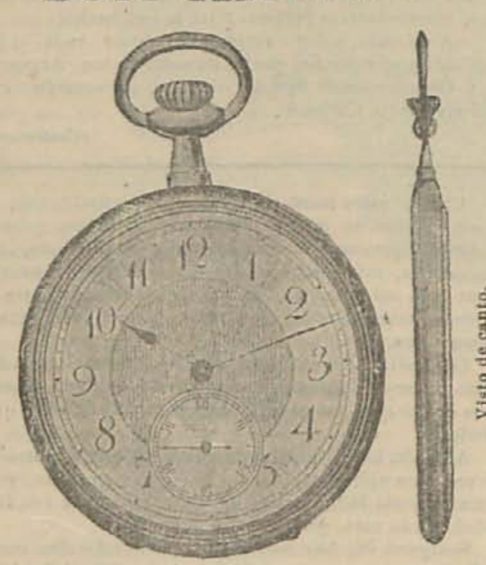
Cuando, una vez recogidos, se preparaba para colocarlos delante de la puerta, como es usual en tales ocasiones, fué groseramente insultado por el que era objeto de aquella medida, quien, como si esto fuera poco, le soltó una multitud de abejas encerradas en sus colmenas, las cuales acometieron al pobre alguacil con tal encarnizamiento, que tuvo que desistir de la operación.

Nuevo procedimiento contra los mandamientos judiciales.

# Gran Relojeria de París.

LUIS THIERRY

Fuencarral, 59.—Madrid.

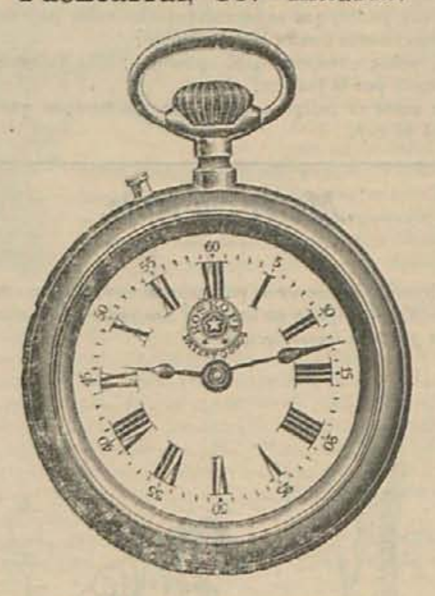



**Nuevo reloj.**

La novedad presentada por el Sr. Thierry, obtendrá seguramente extraordinaria aceptación.

El reloj **Victoria** es de metal blanco, forma Luis XV, con la corona chapeada de oro, modernista, extraplano, casi del canto de un duro, de rica ornamentación al dorso, incrustada en esmalte sobre fondo negro; esfera dorada, canto artísticamente cincelado y maquinaria perfecta, caja inalterable, **26 pesetas.**

**En 4 plazos.**



El reloj Roskopf Patent, garantizado.

**Verdadero y legítimo.**

En tapa acero con asa chapeada oro, **35 pesetas**

En níquel puro, el mismo precio.

Idem en extraplano, gran novedad, **40 pesetas.**

**En 5 plazos.**

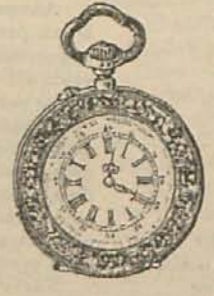


¡NOVEDAD!

Reloj de señora azulado, adamasquinado, con incrustación plata inalterable, **32 pesetas.**

Máquina superior extra, **37 pesetas.**

**En 5 plazos**



**Gran novedad.**

En el deseo de complacer á nuestros numerosos parroquianos, hemos conseguido, por medio de las grandes manufacturas *suizas*, la fabricación del reloj de oro, de señora, que representa nuestro grabado. Es de oro bajo de 7 quilates, en lugar de 18, que es el oro de ley, y sin embargo, no se diferencia del verdadero en su color y belleza, que conserva siempre.

Lo ofrecemos á un precio sumamente barato, teniendo en cuenta además que se trata de un reloj de verdadera fantasía y buena máquina, caja de oro bajo, 7 quilates, guardapolvo interior de metal símil oro, **40 pesetas.**

Idem con doble tapas, **48 pesetas.**

**En 5 plazos.**



Magnígco reloj de señora, de plata dorada, con fondo relleno de perlas, máquina superior, **39 pesetas.**

Nota. Este reloj no es de doble tapa, y su dibujo indica la parte de atrás.

**En 5 plazos.**

**Advertencia.**—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316